

## Alfonso Reyes lee a Azorín<sup>1</sup>

### Alfonso Reyes Reads Azorín

FRANCISCO ESTÉVEZ REGIDOR

Universidad de Málaga

*España*

festevez@uma.es

(Recibido: 07-02-2023;  
aceptado: 04-10-2023)

Resumen. El presente artículo propone un análisis de los textos redactados por Alfonso Reyes recogidos una centuria atrás en *Los dos caminos* (1923) y centrados en la figura y obra de Azorín. La hermenéutica propuesta por Alfonso Reyes de las lecturas de los escritores novecentistas españoles (Azorín, José Ortega y Gasset, Ramón del Valle-Inclán, Juan Ramón Jiménez) en aquel volumen ofrece una síntesis que puede considerarse esencial en la poética hispánica surgida en la modernidad y una lectura clave de las letras en español. La interpretación alfonsina, al integrar el historicismo crítico y sus tradiciones al comentario del texto, resulta ejemplar colocando en paralelo la crítica sobre Azorín con sus propias coordenadas poéticas y existenciales. El artículo se detiene en las ejemplificaciones que muestran el análisis pormenorizado sobre Azorín de uno de los teóricos y críticos con mayor reconocimiento y trascendencia de nuestra modernidad en español: Alfonso Reyes.

Palabras clave: Alfonso Reyes; Azorín; poética; crítica literaria.

Abstract.: This article presents an analysis of the readings initiated by Alfonso Reyes collected just one hundred years ago in *Los dos caminos* (1923) and focused on the figure of Azorín. The hermeneutics proposed by Alfonso Reyes of the readings of the Spanish 20 th century writers (Azorín, José Ortega y Gasset, Ramón del Valle-Inclán, Juan Ramón Jiménez and Mariano de Cavia) in that volume offers a synthesis that can be considered essential in Hispanic poetics that emerged in modernity, and a key reading of literature in Spanish. Reyes' interpretation, by integrating critical historicism and its traditions into the commentary on the text, are exemplary by paralleling the criticism of Azorín with its own poetic and existential coordinates. This article discusses the exemplifications that show the detailed analysis of one of the most recognized and important theorists and critics of our modernity in Spanish: Alfonso Reyes.

Keywords: Alfonso Reyes; Azorín; poetics; literary criticism.

<sup>1</sup> Para citar este artículo: Estévez Regidor, Francisco (2024). Alfonso Reyes lee a Azorín. *Álabe* 29. DOI: 10.25115/alabe29.9142

El caso de Alfonso Reyes, con una caudalosa creación creativa y crítica en continuo desborde, en su calidad de impenitente polígrafo, es cercano en cuanto a medidas al genio torrencial de Marcelino Menéndez Pelayo o a las desmesuras de su admirado Goethe, si bien tiene en el mexicano una directriz estructural de corte romántico que organiza sus creaciones por series que atienden a *Simpatías y diferencias*<sup>2</sup>, o a *Marginalia* o a *Capítulos de literatura española* o a *Capítulos de literatura mexicana*, redefiniendo de tal manera una cartografía vital de su propia experiencia, ligando literatura y vida con hilo invisible de manera íntima a través de la escritura. De tal modo escritura y lectura forman cara y envés indisoluble del proceso creador y del proceso crítico en Alfonso Reyes que tiene un episodio singular en la relación establecida con los escritores novecentistas españoles a su llegada a Madrid en 1914. Los retratos, bocetos, apuntes, comentarios críticos dedicados a estos escritores se agrupan en las series primera, segunda y tercera de *Simpatías y diferencias*; la cuarta serie de *Simpatías y diferencias*, titulada *Los dos caminos*; la quinta serie, *Reloj de sol*; y finalmente páginas adicionales. En particular, los apuntes dedicados a los españoles Azorín, José Ortega y Gasset, Ramón del Valle-Inclán, Juan Ramón Jiménez y Mariano de Cavia se alojan en *Los dos caminos*, cuarta serie de *Simpatías y diferencias*. La lectura alfonsina de la obra y persona de sus contemporáneos muestra una faceta menos angulosa en su rigor y más roma en su amabilidad. Los años en la capital española de Reyes coinciden con una efervescencia de todo tipo que de diferentes maneras permean su obra hasta condicionar su sensibilidad literaria. La etapa española condicionó la literatura de Reyes crucialmente<sup>3</sup>.

Alfonso Reyes llegó a Madrid en octubre de 1914 procedente de París y con celebridad se hace con personas y proyectos literarios y culturales acordes a su genio y temperamento. Reyes ha dejado constancia de su estancia en Madrid dividida en dos etapas:

Mi larga permanencia en la Villa y Corte puede dividirse en dos etapas: la primera, de fines de 1914 a fines de 1919, en que me sostengo exclusivamente de la pluma, en pobreza y en libertad; y la segunda, de 1920 a 1924, en que, tras haber sido unos meses secretario de la Comisión Histórica Paso y Troncoso, bajo la dirección de don Francisco A. Icaza y en compañía de Artemio del Valle-Arizpe, me reintegro al Servicio Diplomático en nuestra Legación de Madrid (10 de junio de 1920), recibo

<sup>2</sup> Las primeras lecturas de la obra inicial de Alfonso Reyes caían del lado filosófico más que del literario, G. Jiménez, La intelectualidad mexicana, *Cosmópolis*, núm. 30 (junio de 1921), pp. 274-275, y Guillermo de Torre, Alfonso Reyes: *El cazador. Ensayos y divagaciones*. "Biblioteca Nueva". *Simpatías y diferencias*. Primera y segunda serie. Dos volúmenes. Madrid, 1912, *Cosmópolis*, núm. 35 (noviembre de 1921), p. 525.

<sup>3</sup> Constancia permanente hay en toda la obra de Alfonso Reyes pero podríamos citar al vuelo como ejemplos paradigmáticos los consignados en el primer tomo de su *Diario* durante los años 1911-1927 (2010), en su *Historia documental de mis libros (1955-1959)*, también por supuesto lo citado en *Parentalia*, en *Obras completas*, t. XXIV, pról. José Luis Martínez, FCE, México, 1990, además de en *Pasado inmediato*, en *Obras completas*, t. XII, así como en *Misión diplomática*, t. I, comp. y pról. Víctor Díaz Arciniega, SER-FCE, México, 2001, p. 169 y en algunas correspondencias, en especial la mantenida con Henríquez Ureña *Correspondencia 1907-1914*, ed. José Luis Martínez, FCE, México, 1986 y la recogida por F. Curiel, *Cartas madrileñas. Homenaje a Alfonso Reyes*, Madrid, España, 1989; entre otros estudios que pudieran destacarse, conviene acudir a Héctor Perea en su "Introducción" en A. Reyes, *España en la obra de Alfonso Reyes*, FCE, México, 1990 o a M. Alvar, "Alfonso Reyes y España", *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 40 (2), 1992, pp. 959-987 y más reciente para cuestiones de hermenéutica y poética véase Enrique Baena (2015). "Poética moderna y legado clásico (Valores críticos en la obra de Alfonso Reyes)", en *Estudios literarios y teatrales en homenaje al profesor Antonio Sánchez Trigueros*, Granada, Universidad, pp. 211-224.

un ascenso sobre mi antiguo grado (21 de enero de 1921) y, salvo el momento inicial o las jefaturas transitorias de Sánchez Azcona y Alessio Robles, me quedo cerca de cinco años como Encargado de Negocios *ad-int.* (A. Reyes, 1990: 173)

La penuria económica actúa como acicate creador al estimular la querencia natural de Alfonso Reyes, caracterizada por su genuina curiosidad, un saber enciclopédico que combina la gravedad del ensayo con la ligereza del bosquejo, el atrevimiento vanguardista sin renuncia al popularismo y lo cotidiano, junto a su clasicismo (Baena, 2015). De tal modo, las referencias continuas a la literatura clásica española: desde *El Lazarillo de Tormes* y *La lozana andaluza* hasta los *Diálogos latinos* de Juan Luis Vives o *El Quijote* en *Memorias de cocina y bodega* (Reyes, 1991). La elocuente caracterización de Pedro Henríquez perfila con justicia un cambio de género más acorde con su temperamento:

Alfonso Reyes se estrenó poeta; pero desde sus comienzos se le veía desbordarse hacia la prosa: su cultura rebasaba los márgenes de la que en nuestra infantil América creemos suficiente para los poetas; su inteligencia se desparramaba en observaciones y conceptos agudos, si no estorbosos, al menos inútiles para la poesía pura. (Henríquez Ureña, 1960: 295)

Este bamboleo constante entre la erudición y lo popular es una directriz temprana de su escritura; pero también una actitud hacia la literatura asociada con lo cotidiano. Con el título de indudable inspiración goethiana, *Simpatías y diferencias*, Alfonso Reyes agrupó cinco series de artículos y colaboraciones publicadas entre 1915 y 1935. Los referidos a España abarcan los años de su estancia, entre 1916 y 1924. La publicación de las tres primeras series de *Simpatías y diferencias* fue celebrada por la prensa española. Héctor Perea recoge en *España en la obra de Alfonso Reyes* una reseña anónima, aparecida en *La pluma* en mayo de 1922, a propósito de la tercera serie, en que subraya que “por debajo de la sonrisa cortés, tras la ironía piadosa y la buena gracia, late un corazón de hombre” (Perea, 1990: 671) en la misma publicación, Manuel Azaña avala la adopción madrileña del mexicano: “No es madrileño quien quiere. Alistarse “voluntario” de Madrid es fineza de hombre cortés o ensoñación de artista” (672). Adolfo Salazar saludó *Los dos caminos* desde su tronera de *Revista de Occidente*, en donde consignó quizás los rasgos más pertinentes de la apuesta literaria de Reyes: un paisaje “conforme al buen gusto clásico”, acotado por “dos caminos”: “El camino de América y el camino de España. Y, caminante de corazón ligero, Reyes no recoge en su deambular sino las flores más vivas, y respira su perfume bajo la sombra grata de algún prestigio tradicional” (Salazar, 1923: 679), los textos recogidos en la *Cuarta serie simpatías y diferencias, Los dos caminos*, publicado por primera vez en Madrid en octubre de 1923 por Tipografía Artística. El título refiere las secciones en que se divide el volumen atendiendo al ámbito geográfico: España y América. *Los dos caminos* reúne colaboraciones en unos casos aparecidas en “varias revistas de España y América”,<sup>4</sup> en otros publicados por primera vez en la edición

<sup>4</sup> A. Reyes, *Simpatías y diferencias (Primera, segunda y tercera series). Los dos caminos (Cuarta serie). Reloj de sol (Quinta serie). Páginas adicionales*, en *Obras completas*, t. IV, México, FCE, p. 238.

de 1923. Los artículos sobre escritores españoles reunidos en la cuarta serie fueron escritos entre 1915 y 1923, según registran las fechas al calce de cada uno. “Apuntes sobre Azorín” incluye varios apartados fechados de la siguiente manera: “Rasgos de Azorín”, escrito en 1915; de marzo de 1915, “Algunos reparos”; “El licenciado Vidriera visto por Azorín”, agosto de 1915; “Una polémica interesante” escrito en abril de 1915; en interrogaciones “¿1916?” es “Azorín y los escritores de América”; “Notas sueltas” también presenta “¿1916?”; finalmente, de 1922 es “El don Juan de Azorín”.

Sobre la cuestión hermenéutica podemos ver que la lectura de Reyes en esas páginas se rinde ante sus propias palabras en torno a la función de la crítica literaria, recogidas en *La experiencia literaria* y en *La crítica en la Edad Ateniense*, al afirmar que toda crítica literaria está gobernada por el impresionismo y que “el impresionismo es la crítica artística, creación provocada por la creación; no parásita, como injustamente se dice, sino inquilina, y subordinada a la creación ajena sólo en concepto, no en calidad, puesto que puede ser superior al estímulo que la desata” (1961: 18). El impulso crítico de Reyes no está disociado del creativo, al contrario, es un pretexto más para agazaparse detrás de la pluma. Reyes atiende a escritores españoles que, con la excepción de Mariano de Cavia, cabe situar como novecentistas, a falta de otro membrete que incluya a José Ortega y Gasset junto con Azorín, Valle-Inclán y Juan Ramón Jiménez. Es curioso que en *Reloj de sol*, quinta serie de *Simpatías y diferencias*, publicado en Madrid en 1926 por Tipografía Artística, presente en el apartado “Casi crítica” los titulados “La sátira política de Azorín” y “Algo más sobre Valle-Inclán”, el primero de otoño de 1923 y el segundo del año 1925. Claro, se trata de colaboraciones posteriores a la primera edición de *Los dos caminos*, pero no fueron reubicados en sus *Obras completas*. Las series de *Simpatías y diferencias* exhiben la voluntad de Reyes de recopilar su obra periodística, sin permitir que nada se pierda o quede en el olvido. Hay una intención de concederle un valor propio a estos textos, quizás con el propósito de distinguirlos del resto de la obra, pero igualmente considerados parte de la misma. Distintos en asuntos y forma, añaden al conjunto otra manera de escribir sin desmerecer el estilo literario, quizás no el mismo de otros escritos, pero sometidos a la exigencia propia. Al valor literario hay que sumar la conciencia histórica de Reyes traducida en el reconocimiento de su experiencia en tanto que escritor, pero también operan como memoria de sí mismo, de aquel que fue y que acaso ya no era en el momento de reunir sus obras completas. Este temperamento archivístico, recopilatorio con cierta afinidad arqueológica, ya estaba presente en Reyes:

Y me da una tremenda noticia que, por tremenda, me apresuro a comunicarla a toda la juventud escribiente: las casas editoras de libros españoles en París, han descubierto que el público *americano* ¡no gusta ya de los libros de artículos! Y no quieren publicar sino *libros propiamente tales*. Yo pienso que, sin embargo, queda el refugio de España para la cosecha de ayer. (1986: 197)

El poeta Enrique González Martínez alabó en este libro la variedad en la unidad así como una trabazón redonda entre creación y hermenéutica (2002: 155). González Martínez aboceta el paisaje emocional que exhibe la cuarta serie: “Está usted entrando en el

alma de España y tomándole sustancia a todo lo vivo, a todo lo nuevo, con un cariño fecundo y milagroso. Parece que la inteligencia y la sensibilidad de usted husmean y atisban por todas partes, y que donde hay un valor lo descubren y lo aquilatan” (168). “Gotas” (1923: 164) llama Reyes a estos textos, resabios de un grifo mal cerrado o vencido, incapaz de zanjar la efusión. No es que el mexicano se detenga en el valor de lo apenas entrevisto, sino que éste opera como unos lentes para ir más allá de lo evidente y fugaz, para retener aquello que lo sostiene. Estos textos toman la temperatura emocional no del personaje en que se fijan, sino de lo que lo rodea y representa. En “Respuestas”, incluido en la quinta serie de *Simpatías y diferencias*, Reyes exponía las diferencias entre *Cartones de Madrid* y estos volúmenes: “*Cartones de Madrid* es para mí, en su brevedad, toda una época de mi vida; la de mis alegres pobreza. Los tomos de *Simpatías y diferencias* serán, a la larga, como un plano de fondo, como el nivel habitual de mis conversaciones literarias” (1957: 450). Aspectos autobiográficos junto con juicios propios del crítico son los instrumentos de los que Reyes se sirve para levantar semblanzas y retratos (1957: 407). Al final, Reyes regala un retrato intelectual en que el hombre no puede dissociarse del escritor. De manera que estos retratos revestidos de crítica literaria, más allá de otras consideraciones, muestran lo que Reyes encuentra más verdadero en ellos, aunque no lo sea necesariamente para los demás; son semblanzas abocetadas por la inteligencia y la sensibilidad del mexicano, que no quieren imponerse sobre otras, pero que no abdican de su juicio. En definitiva, nuestro análisis de la lectura de Alfonso Reyes sobre Azorín reafirma esa nota de mesura nacida de la generosa bondad que subrayó Stanton como característica central de su poética al analizar la “Poesía y poética en Alfonso Reyes” (1989: 621). De tal forma, el ensayo se establece como género predilecto para la pluma de Alfonso Reyes, como también demuestra que su primer libro fuese *Cuestiones estéticas* (1911: 159); en dicho género y escritura reside una manera singular de relacionarse con la literatura, una cartografía sentimental en afinidades electivas que representan para Reyes “un juego de atracciones y repulsiones” (Reyes, 1993: 166). Un desvelamiento taumatúrgico de la realidad a través de la palabra pensante y sensitiva del que da ejemplo paradigmático la lectura propuesta de *Azorín*.

## 1. Lectura de Azorín

Es sabido cómo fatigaba Alfonso Reyes las calles en su vagabundeo madrileño y la traslúcida belleza con que trasladó su pintura a *Cartones de Madrid*, de igual manera había procedido con anterioridad en su formación en tierras mexicanas cuando “Pisaba yo los últimos grados de la Preparatoria y, a falta de mejor cosa, me disponía para la carrera de Derecho, procediendo *por aproximación*, cuando aconteció mi verdadero acceso a la vida literaria...” (1990: 3), de tal modo, como de bruces al girar una esquina, encontrónazo y primeras publicaciones en las revistas literarias *Savia Moderna*, y *Revista Moderna*. Si bien, donde primeramente fue conocido es en los ambientes culturales de Madrid, antes que en México, tras su necesaria huida mediado el año revolucionario de 1913 y pasado el amargo conocimiento de París (Garcíadiego, 1990). Una suerte de “transtie-

ro” inverso y doble vivió en carnes Alfonso Reyes, por seguir la acuñación de José Gaos (1996: 546). De tal modo parece asentirlo el propio autor: “¡Mi vocación ha sido feroz, asoladora” debido a su “inclinación congénita” (Reyes, 1951). Tiene la calle sus caminos, recovecos y misterios; en ella acontece el milagro cotidiano de la vida, el pulso literario que brota por la herida y con cierto presentimiento filial que acompasa la andadura inicial de Reyes por Madrid: “Mi primera visión de Madrid fue muy dolorosa. Y, sin embargo, yo sentía no sé qué caricia en el ambiente, no sé qué amistad, qué compañía, en cualquier persona que abordaba” (Reyes, 1937: 150). Aquel ambiente intelectual y filial matritense excitaba la escritura del regiomontano que había conocido al descender de Burdeos a San Sebastián, en el belicoso verano de 1914, a José Martínez Ruiz, mejor decir a esas alturas del siglo Azorín, pues el seudónimo en consecuente ascenso nominal desde el apellido del protagonista de algunos relatos primeros, en especial, desde su trascendental novela *La voluntad* (1902), simbolizaba la integración en una estética inaugural de ciertos nuevos escritores camuflada en los ropajes de una apasionada derrota (Urrutia 2002). Conviene ir al recordatorio de aquel encuentro:

Conocí a “Azorín” allá por septiembre de 1914, recién llegado a España e ignorante todavía de las convenciones de esta sociedad literaria. Estábamos en San Sebastián. Él viajaba por los pueblos de Francia, en esas fiestas de soledad y de espíritu que tanto amo. Él, tan curioso, no creo que haya tenido entonces verdadera curiosidad por las cosas de América. Hablamos de nuestra literatura: me declaró francamente no conocerla muy por detalle, aunque desde luego me pidió informes de ciertos jóvenes. (Reyes, 1923: 252)

Fundaba en pocas líneas Reyes cierto desinterés que más tarde ha sido mantra repetido largo tiempo, aquel de la ausencia de crítica de literatura hispanoamericana en los ensayos azorinianos, incluso de ausencia de interés general del escritor por la literatura latinoamericana. Sin embargo, tiempo y ocasión tuvo Azorín de matizarlo en distintas ocasiones, pero especialmente en su exilio parisino y obra de senectud cuando escribe para el diario argentino *La Prensa*, donde poco después dedica al propio Alfonso Reyes unas páginas que convendrá contrastar con la anterior declaración del mexicano<sup>5</sup>. Además, publicó las colecciones de cuentos *En torno a José Hernández* (1939) que se sumaba tardíamente al incipiente interés que tuvo Miguel de Unamuno, uno de los primeros valedores del texto con su amplio ensayo: “El gaucho «Martín Fierro»”. Poema popular gauchesco de don José Hernández (argentino)”, de 1894. Aparte, Azorín compondrá también en París otros cuentos entre 1937 y 1938, reunidos por Ángel Cruz Rueda en 1948 bajo el rótulo de *Contingencia en América* en cuyo prólogo se explican las maneras procedimentales de ambos libros:

La realidad es contingente: puede ser, puede no ser. Una vida ha sido de un modo, y ha podido ser de otro. En París, en 1937, en la Biblioteca de Santa Genoveva, he leído un libro de Charles Renouvier,

<sup>5</sup> Véase al respecto J. Martínez Ruiz, *Azorín*, “Azorín habla de la personalidad literaria de Alfonso Reyes”, *La Prensa*, Buenos Aires, 18 de mayo de 1924, recogido en *Páginas sobre Alfonso Reyes*, 2 vols. Ed. Alfonso Rangel Guerra y José Ángel Rendón, Monterrey, Universidad de Nuevo León, 1955-1957, pp. 57-63.

*Uchronie*, en que se imagina lo que pudo pasar -y no pasó- en la Roma antigua. He usado yo de lo contingente en mi librito *En torno a José Hernández*. Reitero en estas ficciones lo contingible. El juego es honesto; aspiro a que sea placentero. (Azorín 1962: 1211)

Esa manera azoriniana que desde principio de siglo y en sus distintas vertientes despierta la incesante curiosidad de Alfonso Reyes comulga estéticamente con los intereses que exploraba Reyes en sus prosas matritenses de los *Cartones* (la crítica más biográfica tiende a dividir la estancia madrileña de Reyes según los traslados de domicilio, quizá fuera más oportuno la división por libros). Las referencias a lecturas de Azorín y las valoraciones de su obra salpican escritos cercanos de la obra del polígrafo mexicano más allá de la *Cuarta Serie*: Las anécdotas y recuerdos que recoge en *Simpatías y diferencias*, *Quinta Serie*, *Reloj de Sol* arranca citando a Azorín y más adelante dedica toda una sección, “De algunas sociedades secretas”, referida en exclusiva a los círculos “Los amigos de Lope de Vega” y el “Góngora Club” fundados por iniciativa de Azorín. Allí realiza una reveladora etopeya del personaje que habla por igual del propio Reyes:

“Azorín”, sensible “Azorín”, padre sin hijos, entre cuyos sueños se oye tantas veces la vocecita de un niño; cuyas manos tantas veces acarician —en sueños— una cabecita de criatura. “Azorín”, amigo puntual, exacto para compartir la emoción —casi en silencio acaso; preciso y cabal para el recuerdo; oportuno para el auxilio. Quisiera poblar de flores la tierra, hacerla más grata y apacible, juntar a los hombres en voluntad de concordia. Yo creo haber oído su corazón. (Reyes, 1923: 380)

Y resume la visión propuesta del escritor en *Los dos caminos* de manera sintética que conviene reproducir por su exactitud: “logró salir de sí mismo y saltar fuera su timidez, creándose, mediante el seudónimo, una fuerte personalidad pública. Ahora, como veis, fabrica para sí mismo, mediante el papel grabado, una sociedad ideal Pequeñas causas, grandes efectos” (Reyes, 1923: 382). Finalmente, en “La sátira política de Azorín” de la *Quinta Serie* recorre la faceta política de la vida y obra del levantino a la altura de 1923. Semejante atención demorada da cuenta de la fuerte impresión que causó en aquellos primeros días españoles para el mexicano trabar conversación y posterior amistad con el admirado escritor, a quien no para de adjetivar, medir, dialogar, cuestionar, felicitar, en suma, de ponderar. De tal manera, no sorprende que los apuntes y tópicos recogidos en *Simpatías y diferencias*, arranquen con unos “Apuntes sobre Azorín” ni que este capítulo sea el más abultado en páginas de todo el libro. Hasta siete acercamientos tenderá a la fértil figura que le resulta el escritor José Martínez Ruiz ordenados como siguen: “Rasgos de Azorín”, de marzo de 1915, “Algunos reparos”; “*El licenciado Vidriera* visto por Azorín”, de agosto de 1915; “Una polémica interesante” escrito en abril de 1915; en interrogaciones “¿1916?” es “Azorín y los escritores de América”; “Notas sueltas” también presenta “¿1916?”; finalmente, de 1922 es “*El don Juan* de Azorín”. A vista de pájaro se aprecia desde la altura de títulos el acotamiento a la figura desde un acercamiento hacia el autor (a raíz de la presentación de *Al margen de los clásicos*<sup>6</sup> en la Residencia de Estudiantes,

<sup>6</sup> Rápido anota la similitud de título con aquel otro de Lemaitre, *Al margen de los viejos libros*.

fechado en 1915, consigna: “al que han asistido las doce o quince personas interesantes”, se entiende del mundo de la cultura matritense) hasta el diálogo y análisis de su obra, ya con *El licenciado Vidriera* ya con su *Don Juan*, para dar cuenta e importancia del escritor, ya autoridad literaria del momento. Azorín, junto a Enrique Díez-Canedo resultan a Reyes los dos escritores más valiosos, sensibles y modernos en aquel Madrid de la segunda década del siglo XX, especialmente claro es en su carta a Julio Torri de 1916 en la que le aconseja encarecidamente enviar sus libros al Ateneo, a la Biblioteca Nacional, “a Azorín (Sr. J. Martínez Ruíz, Los Madrazos, 8, Madrid), al semanario *España* (calle del Prado) y a Enrique Díez Canedo (Lealtad, 20) uno de nuestros amigos de acá. Uno de los NOSOTROS del todo el mundo” (Curiel, 1989: 23); o en misiva a José Vasconcelos en 1920 confesándole que es inútil ir ya a la feria de libros del Prado porque “ya habrán comprado, entre Azorín y Díez Canedo, todo lo que valga la pena” (Curiel, 1989: 33), pues ya desde el final del vertiginoso verano de 1914 en San Sebastián, donde conoció y conversó por vez primera a José Martínez Ruiz, gracias a la mediación del escritor mexicano Francisco de Icaza, advirtió rápidamente la atenta mirada de Azorín que “se da cuenta de todo lo que sobresale” (1986: 474).

Ello explica, en parte, que el primero de los caminos que escriba se inaugure con la figura de Azorín, principiando por sus rasgos, de entre los cuales va a destacar la timidez, la reconcentración hipersensible del levantino donde “los adjetivos se han hecho más escasos, y las frases, más cortas, con mayor exactitud [...] se ha hecho menos adjetivo, pero es que se ha hecho más sustantivo” (241). Al mismo tiempo admira su composición literaria, casi de un cubismo primitivo capaz de convertirse en “poeta de ventanas” alineada con los intereses inmediatos del Reyes más creativo, quien se siente ya urbanita del mundo a tenor de dramáticas circunstancias: “Hoy todos somos cosmopolitas. Estamos [...] en todas partes, menos en la ciudad que habitamos, para la que ya no tenemos ojos” como declara en *Cartones de Madrid*, Alfonso Reyes, cuyo prólogo debió ser muy del gusto de Azorín: “cuaderno de notas y rápidos trazos, testimonio de lo más superficial que he visto en Madrid”<sup>7</sup> al seguir el espíritu expresado en la novela *La voluntad* (1902) de Azorín donde “la intensidad suple al enredo”. La mudanza narrativa de inicios de siglo en el capítulo catorce de *La voluntad*, clave del mecanismo de dicha novela y precursora del cambio narrativo que opera en la novelística española. El programático texto define cómo debe escribirse la novela moderna: “Lo que hace falta son diez, veinte, cuarenta sensaciones”, suficientes para ofrecer la impresión de una vida que ya se reconocía “diversa, multiforme, ondulante, contradictoria”. No en vano, Ortega y Gasset vio en Azorín y Baroja una nueva forma de ver en el mundo, donde se privilegiaba la narración de los diversos estados de conciencia. Y no es casualidad que la simbólica novela apareciera en una colección de elocuente título: “Biblioteca de Novelistas del Siglo XX ni que José Martínez Ruiz, hiciera suyo en la segunda edición, el nombre de su personaje, *Azorín*. Un espíritu común alboreaba el principio de siglo XX español cuando se apiña con otras novelas en aquel 1902: *Amor y pedagogía* de Unamuno; *La voluntad* de; *Camino de*

<sup>7</sup> *Obras completas*, II. México, FCE, 1976, p. 47



*perfección* de Baroja, y *Sonata de otoño* de Valle-Inclán (Véase Urrutia , 2002 y Martín 2002)<sup>8</sup>. Una manera distinta de ver y sentir se inauguraba. Azorín estrenaba otro modo. Liberó para ello al estilo de la esclavitud de las formas con una impostada sencillez como método: “Colocad una cosa después de otra. Nada más; esto es todo” (2011). La gravitación de lo temporal en sus novelas y el juego constante entre literatura y vida, en la escisión *Azorín*/Martínez Ruiz que todavía hoy confunde a algunos, es probablemente lo que conserva mayor actualidad de unas novelas con escuálida trama argumental, ya que, en efecto, la intensidad suple al enredo. Con un estilo escueto, grave, sensible, da cuenta de lo fragmentario y expresivo de lo circundante: la poesía de lo íntimo. Reparar en un detalle insignificante de la realidad, o en una cadena de ellos, revelará toda una fase de la vida artística de un “espíritu perplejo” ante el mundo; lo revelador de esta nueva atmósfera común es la evocación de sensaciones con un retrato de sutiles y breves pinceladas frente al detallismo descriptivo total de la realidad en las estéticas decimonónicas. La agudeza y curiosidad selectiva del escritor levantino representaba la hipersensibilidad y desasosiego espiritual de toda una época con la que comulgaba vibrantemente Alfonso Reyes.

Descubre Alfonso Reyes la ruptura narrativa que ha implicado la fecha de 1902 y esa nueva forma de narrar: un nuevo estilo habla a través de otros del “yo”. Reyes vislumbra con extrema sensibilidad e interpreta el amplio horizonte de posibilidades desplegado por una incipiente cultura literaria a través de la indagación y el diálogo crítico con un grupo de libros seleccionados de las amistades granjeadas rápidamente de entre las primeras plumas españolas donde sobresale Azorín y que permite al regiomontano con pasión genuina saltar de la actualidad a lo clásico sin diferencia neta y tejer una experiencia intelectual de comprensión del texto y con él de las novedades literarias que a su rededor se daban, como ya había mostrado la tesela de *Cartones de Madrid* a los que se suman estos ensayos a caballo entre el retrato, el apunte lector, la anécdota amistosa, la pincelada abierta y pensativa con la que se acerca literariamente a sus lecturas y amistades:

La literatura se va concentrando en el sustento verbal: la poesía más pura o desahogada de narración, y la comunicación de especies intelectuales. Es decir, la lírica, la literatura científica y el ensayo: ese centauro de los géneros, donde hay de todo y cabe todo, propio hijo caprichoso de una cultura que no puede ya responder al orbe circular y cerrado de los antiguos, sino a la curva abierta, al proceso en marcha, al “Etcétera”, cantado ya por un poeta contemporáneo preocupado de filosofía. (Reyes, 1944: 400)

Vemos pues que la contemplación y primera comprensión son todo una y después emerge rápida, como esponja en el mar, una interpretación ya sin titubeo que cita en expresión redonda y certera el rasgo primordial de aquella impresión. En efecto es un “comentario sentimental” desde una óptica ya vidriosa, ya melancólica, que se proyecta con larga sombra del pequeño filósofo sobre las cosas que observa, que describe, que anota. Tras la persona y un canto acuden rápidos “Algunos reparos”, la segunda sección con la

<sup>8</sup> J. Martínez Ruiz. *La voluntad*, Barcelona, Henrich y Cía., colección Biblioteca de novelistas del siglo XX, 1902. En la segunda edición, Renacimiento, 1913, aparece ya como pseudónimo *Azorín*.

cual presenta objeciones frente a la visión de los clásicos azoriniana. Allí atisba a ver una manera romántica en la interpretación del Siglo de Oro efectuada por Azorín frente a Blanco-Fombona, por la cual “Azorín está todo él entre líneas”, En aquel intersticio por donde orea la tinta atisba a ver encandilado una fascinante agudeza. De la atenta lectura de *Páginas escogidas* (1917) de Azorín extrae no sólo otro modo de entender el Siglo de Oro en sus reflexiones teóricas, sino de comprender la atmósfera del cambio de paradigma literario que acontecía en aquel Madrid y que ejemplificaba el camino del alicantino de lo adjetivo a lo sustantivo. Azorín se queja en aquellas páginas antológicas leídas por Reyes de que nadie lea un libro “donde la naturaleza y el paisaje de España aparecen tan intensamente sentidos” (73) como en *El peregrino en su patria* de Lope de Vega. Desde entonces no pierde pista sobre todo aquello que escribe Azorín y pone sobre sus huellas a su amigo Ureña: “He leído “Antonio Azorín” y ahora voy a leer *La voluntad* de Azorín. Lee, lee al antiguo Azorín. Es muy importante. Más quizás que el otro (No estoy seguro: hablo por hablar). Hoy voy a visitarlo” (2021). Veía en el autor, al escritor más moderno, no acaso acaba con él la propuesta de índice de historia literaria: “añade nuestro estudiante, frente al renglón que les corresponda, los nombres de los autores que le parecen más expresivos de cada momento, comenzando por el anónimo del Poema del Cid y acabando, por ejemplo, con Rubén Darío y Azorín” (262).

En el séptimo apartado, “*El don Juan de Azorín*”, de 1922, Reyes entra a valorar la heterodoxa humanización del mito de *Don Juan* ofrecida por el escritor levantino (Manso, 2002: 13) a quien ya tiene por “espíritu fino, delicado, sensible, disciplinado y estudioso”, que a diferencia de anteriores don Juanes en decadencia planteados por la literatura española, como pueden ser el Álvaro Mesía de *La Regenta* (1885) de Clarín, o don Lope de *Tristana* (1892) de Galdós, construye un nuevo Don Juan que prescinde de su característica definitoria, es decir, el ser Tenorio ya “que está de vuelta del pecado. Es un Don Juan que ha dominado ya el apetito o, mejor aún, que lo ha perfeccionado y sublimado hasta la piedad” (256). La tendencia del personaje a la sencillez, lo afable y la meditación, permite a Reyes abrir una senda investigadora, después ampliamente seguida, al destacar cómo en el libro se desarrolla un “silencio preñado de cosas interiores” (257): lo contemplativo y el discurso personal, como en la novela inmediata posterior de Azorín: *Doña Inés (historia de amor)* de 1925.

No en vano se ha llegado a afirmar que la España que Alfonso Reyes ve es la España de Azorín (Alvar, 1992: 980): Ciertamente el propio Reyes lo constata como “mi primer amigo de España, a quien conocía desde mi llegada a San Sebastián, se acordó un día de mí, desde la Subsecretaría de Instrucción Pública, que desempeñó pasajeramente, y me llevó a Burdeos en su compañía, de lo que queda memoria en este libro”<sup>9</sup>. Reyes ve una literatura del mayor interés en el escritor de estética aparentemente neutra y rabiósamente moderna con síntesis jerárquica y selectiva que prescinde de la pretensión de totalidad, pero añora cierto orden: “Colocad una cosa después de otra. Nada más. Esto es todo”, célebre síntesis de la poética de Azorín resulta a Reyes una manera atractiva y

<sup>9</sup> Alfonso Reyes, *Las vísperas de España, Obras completas*, t. II, ed. cit., p. 43.

novedosa de escribir ya que “en Azorín la brevedad finge timidez” (242) y, además, resulta un “antecedente teórico de la greguería” (190). De tal modo, Reyes y Azorín son dos escritores que desean avizorar el mundo con mirada nueva sin desperdicio de la tradición. Con aquella expresión feliz que ha cuajado arraigo describe a su amigo: “Azorín es un hombre a la ventana [...] abierto al espectáculo del mundo”. La timidez y el bovarismo son las notas sobresalientes que vislumbraba Reyes en Azorín y que hoy son ya de curso común, si es que no han caído en el tópico. La poética de escritura de Martínez Ruiz es captada con lucidez en el uso de personajes no ya como tales, sino como nombres, o mejor, sombra de esos nombres, apenas un recuerdo de nombres, y, a través de ellos, mediante el “pretexto de tales nombres, nos describe una sola alma: la suya”. El cometido se realiza de manera indirecta y lateral a través de la contemplación: “El rasgo del paisaje, el estado del ánimo” (246). No resulta casual pues la selección de personajes realizada por Reyes, Tomás Rueda de *La voluntad* y el licenciado Vidriera, para trazar su perfil de Azorín. La característica del desdoblamiento psicológico de Azorín aludido por Reyes devino casi en moda literaria y en divertimento para el lector culto. El recurso supuso un trampolín para Azorín desde el cual dejó sepultado el cliché del desdoblamiento para dar un giro más a la categoría. Entendía Reyes que la construcción del protagonista en el que se escondía el propio Azorín era la manera por la que el autor consigue pintar una figura autobiográfica por la cual “contemple el mundo, melancólicamente, cual por una ventana”.

Como ya se ha anticipado, el libro *Reloj de sol* recoge “La sátira política de Azorín” donde desvela unas cortas palabras de la imagen de “porte reservado”, “cortesía distante” pero azuzado todo con “sensibilidad exquisita”. El carácter ambivalente y bipolar frente a la política de participación y abstención lo ve como nota distintiva de los escritores de la época, así recuerda a Miguel de Unamuno, José Ortega y Gasset o a Ramiro de Maeztu.

Finalmente, conviene tener en consideración permanente la concepción de lector que tiene siempre presente Alfonso Reyes sobre Azorín. De tal modo, apunta una hermenéutica de la lectura, según la cual:

“al adolescente le asalta su yo crítico, a la hora en quiere olvidarse con la lectura. Más tarde, va dejando el yo de ser dolencia y se vuelve resignación. El hombre maduro sabe leer, se entrega, voluntariamente, a otro hombre; entra en él por un doble esfuerzo de cansancio y de disciplina. Porque a la inquietud rebotante no hay quien la obligue a seguir un rumbo trazado, a leer un libro ya escrito. Pero aquí, como en todo, la edad es cuestión de temperamentos, y hay hombres que han tenido siempre edad de lectores”. (Reyes, 1926, 450)

## 2. Conclusión

De la superficialidad al interés es el camino emprendido por Azorín en la literatura hispanoamericana merced a la amistosa cercanía de Alfonso Reyes. El tránsito opuesto parece el trazado por el mexicano, como ya atendió Federico de Onís en una semblanza

de ajustado perfil “círculo completo que conduce a la conciencia y experiencia de América” (1955). Y aún más todavía resulta pertinente contrastar el retrato que Reyes realiza de Azorín con el que Azorín pinta de Alfonso Reyes en “Azorín habla de la personalidad literaria de Alfonso Reyes” (1955: 57-63), para *La Prensa* de Buenos Aires el 18 de mayo de 1924 pues resulta en puridad un diálogo secreto entre páginas donde cada escritor proyecta en el otro aparte de su estima personal, su afinidad poética y entendimiento hermenéutico. El retrato realizado por Reyes del levantino exalta la figura de enamorado de lo clásico, apasionado de la tierra española, así como con “cualidades de finura y de escrupulosidad [que] lleva a sus trabajos de crítica literaria y de erudición”. Su obra crítica le resulta “siempre fina, exacta, penetrante”<sup>10</sup> (60). A la luz de semejantes textos cruzados entendemos como Henríquez Ureña adoptó una frase de Goethe que se acomoda con naturalidad a la obra española de Reyes: “La literatura es la sombra de la buena conversación” (1960: 295).

La interpretación alfonsina de la obra de Azorín, al integrar el historicismo crítico y sus tradiciones al comentario del texto, resulta ejemplar colocando en paralelo la crítica sobre el autor con sus propias coordenadas poéticas y existenciales. Unas palabras de Reyes dirigidas a Azorín pueden aplicarse igualmente a él mismo: “Es curioso: la ternura que todos encuentran en los libros de Azorín no todos recuerdan que brota de su vida” (1956: 380).

<sup>10</sup> Véase el acercamiento de Liliana Weinberg “Alfonso Reyes, un héroe cultural” en *Alfonso Reyes, perspectivas críticas: ensayos inéditos*, Coordinadores Fidel Chávez Pérez y Pol Popovic Karic, Plaza y Valdés, México DF, Tecnológico de Monterrey, 2004.

## Bibliografía

- Alvar, M. (1992). "Alfonso Reyes y España", *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 40, 2, 959-987.
- Azaña, M. (1972). "... Castillo famoso", *La pluma*, en A. Reyes, *España en la obra de Alfonso Reyes*. FCE: México, 672.
- Baena, E. (2015). "Poética moderna y legado clásico (Valores críticos en la obra de Alfonso Reyes)", en *Estudios literarios y teatrales en homenaje al profesor Antonio Sánchez Trigueros*. Granada: Universidad, 211-224.
- Curiel, F. (1989). *Cartas madrileñas, Homenaje a Alfonso Reyes*. Madrid: España, 23.
- Enrique Díez-Canedo y Alfonso Reyes (2010). *Correspondencia. 1915-1943*, ed. Aurora Díez-Canedo. FCE: México.
- del Valle-Arizpe, A. (1924). "Anecdotario. Alfonso Reyes íntimo", *Antena*, núm. 1, julio, 11-12.
- Henríquez Ureña, P. (1960). "Alfonso Reyes", *Obra crítica*. FCE: México.
- Garcíadiego, J. (1990). *Política y literatura. Las vidas paralelas de los jóvenes Rodolfo y Alfonso Reyes*. México: Condumex.
- Gaos, J. (1996). "Confesiones de transterrado", en *Obras Completas*. t. VIII, México: UNAM.
- Jiménez, G. (1921). "La intelectualidad mexicana", *Cosmópolis*, núm. 30, junio, 274-275.
- de Torre, G. (1921). "Alfonso Reyes: *El cazador. Ensayos y divagaciones*. "Biblioteca Nueva". Simpatías y diferencias. Primera y segunda serie. Dos volúmenes. Madrid, 1912", *Cosmópolis*, núm. 35, noviembre, 525.
- de Torre, G. (1920). "Alfonso Reyes. *El plano oblicuo*. Madrid, 1920", *Reflector*, núm. 1 diciembre, 19.
- Manso, C. «El Don Juan de Azorín, de lo extemporáneo a lo contemporáneo», en Martínez Ruiz, *Azorín*, J. (2002). *Don Juan*. Biblioteca Nueva: Madrid, 13-25.
- Martín, F. J. (2002). *Las novelas de 1902*. Biblioteca Nueva: Madrid.
- Martínez Ruiz, *Azorín*, J. (1917). *Páginas escogidas*. Madrid: Casa Editorial Calleja.
- Martínez Ruiz, *Azorín*, J. (1924). "Azorín habla de la personalidad literaria de Alfonso Reyes", *La Prensa*, Buenos Aires, 18 de mayo de 1924, recogido en *Páginas sobre Alfonso Reyes*, 2 vols. Ed. Alfonso Ranguel Guerra y José Ángel Rendón, Monterrey: Universidad de Nuevo León, 1955-1957.
- Martínez Ruiz, *Azorín*, J. (1962). *Contingencia en América, Obras completas*, vol. VII, Aguilar, Madrid.

- Martínez Ruiz, J. (1902). *La voluntad*. Barcelona: Henrich y Cía., colección Biblioteca de novelistas del siglo XX.
- Martínez Ruiz, Azorín, J. (2011). *Novelas (I)*. Ed. de Miguel Ángel Lozano Marco, Fundación Castro: Madrid.
- Martínez Ruiz, Azorín, J. (1998). *Doña Inés (historia de amor)*, Estudio introductorio de Jorge Urrutia, Madrid: Alianza.
- Perea, H. (1990). “Introducción”, en A. Reyes, *España en la obra de Alfonso Reyes*, FCE: México.
- Reyes, A. (1909). “Una aventura de Ulises”, *Revista Moderna de México*, t. XI, n. 68, abril, 98.
- Reyes, A. (1911) *Cuestiones estéticas*, en *Obras completas*, t. I, México: FCE.
- Reyes, A. (1923). *Los dos caminos* en *Obras completas, Simpatías y diferencias, Cuarta serie*, “Azorín y los escritores de América”, México, FCE. 1956 reeditado en 1995.
- Reyes, A. (1926). *Reloj de sol* en *Obras completas*, México: FCE. 1956 reeditado en 1995
- Reyes, A. y otros (1955-1957). *Páginas sobre Alfonso Reyes*, 2 vols. Ed. Alfonso Ranguel Guerra y José Ángel Rendón, Monterrey: Universidad de Nuevo León.
- Reyes, A. (1957). *Páginas adicionales*, en *Obras completas*, t. VI, FCE: México.
- Reyes, A. (1958). *Cuestiones gongorinas y Tres alcances a Góngora*, en *Obras completas*, t. VII, FCE: México.
- Reyes, A. (1961). *La crítica en la Edad Ateniense*, en *Obras completas*, t. XIII, FCE: México.
- Reyes, A. y Henríquez Ureña, P. (1986). *Correspondencia 1907-1914*, ed. José Luis Martínez, FCE: México.
- Reyes, A. (1990). *Historia documental de mis libros (1955-1959)*, en *Obras completas*, t. XXIV, introd. José Luis Martínez, FCE: México.
- Reyes, A. (1990). *Parentalia*, en *Obras completas*, t. XXIV, pról. José Luis Martínez, FCE: México.
- Reyes, A. (1990). *Historia documental de mis libros (1955-1959)*, en *Obras completas*, t. XXIV, introd. José Luis Martínez, FCE: México.
- Reyes, *Rumbo a Goethe*, (1993). en *Obras completas*, t. XXVI, pról. José Luis Martínez, FCE: México.
- Reyes, A. (1997). *Pasado inmediato*, en *Obras completas*, t. XII, FCE: México.
- Reyes, A. (2001). *Misión diplomática*, t. I, comp. y pról. Víctor Díaz Arciniega, SER-FCE. México.

- Reyes, A. y González Martínez, W, (2002). *El tiempo de los patriarcas. Epistolario 1909-1952*, ed. Leonardo Martínez Carrizales, FCE: México.
- Reyes, A. (2010). *Diario. 1911-1927*, t. I, ed. Alfonso Rangel Guerra, FCE: México, 2010.
- Reyes A. y Henríquez Ureña, P. (2021) *Correspondencia II (1914-1944)*, edición de Adolfo Castañón, FCE: México.
- Onís, F. de, (1955). *España en América. Estudios, ensayos y discursos sobre temas españoles e hispanoamericanos*. Madrid-Caracas: Eds. de la Universidad de Puerto Rico.
- Ortega y Gasset, J. *El Espectador (1916-1934)*, en *Obras completas*, t. II, *Revista de Occidente*, Madrid, 1963.
- Salazar, A. (1923) “Alfonso Reyes: *Los dos caminos*. (Cuarta serie de *Simpatías y diferencias*). Madrid, 1923”, *Revista de Occidente*, 679.
- Stanton, A. “Poesía y poética en Alfonso Reyes”, *Nueva Revista de Filología Hispánica*, nº 37, t. II, 1989, 621-642.
- Torri J. (1995). *Epistolarios*, ed. Serge I. Zaitzeff, UNAM: México.
- Urrutia, J. *La pasión del desánimo. La renovación narrativa de 1902*, Biblioteca Nueva. Madrid, 2002.
- Weinberg Liliana (2004). “Alfonso Reyes, un héroe cultural” en *Alfonso Reyes, perspectivas críticas: ensayos inéditos*, Coordinadores Fidel Chávez Pérez y Pol Popovic Karic, México DF-Tecnológico de Monterrey: Plaza y Valdés.